

Lengua Castellana

Lectoescritura

El ensayo



La información aquí contenida es tomada de González Rátiva, M. C. (2008). *Expresión oral y escrita*. Medellín: Universidad de Antioquia. PP 223-229

Introducción

Una de las actividades más solicitadas en las clases universitarias es el ensayo. Al parecer no se tiene una idea clara de lo que se solicita y mucho menos de lo que se debe hacer. Hay una gran confusión en el medio universitario en relación con la construcción de ensayos académicos. Como éste debe tener una parte expositiva, puede ser fácilmente confundido con el resumen; como debe incluir una discusión teórica, cae en el terreno del artículo; su componente de opinión y valoración, hace que igual se confunda con la reseña. Sin embargo, debemos tener muy presente que a la hora de escribir un ensayo, el autor toma una posición frente a un tema, la defiende y pretende convencer al otro, aspecto que no sucede en los otros tipos de texto escrito aquí estudiados. La pregunta del estudiante al docente al momento de la solicitud de ensayo debería ser: ¿puedo opinar sobre el tema y sustentar mi criterio? Si la respuesta es afirmativa, queda claro que la tarea es escribir un ensayo.

El ensayo

El ensayo es clasificado como un género discursivo; es el tipo de texto escrito académico de mayor exigencia y rigurosidad, ya que exige de parte del autor una experiencia amplia de lectura, una experiencia de escritura, especialmente de resúmenes y reseñas; una disciplina metodológica de corte investigativo; el buen uso de los modos discursivos, desde el expositivo hasta el argumentativo; y un sello personal de escritura o estilo fluido y ameno.

El ensayo surge de una situación problemática, de un problema en forma de pregunta o de una interpretación personal sobre un hecho o asunto. La característica de la posición asumida, de la interpretación, es la de ser discutible, por lo que puede suscitar diferentes opiniones, adhesiones o refutaciones. Esta polémica es la que aparecerá a lo largo del ensayo, de manera expositiva y argumentativa; la discusión y la conclusión apuntarán a aclarar el tema, a hacer un tema más comprensible (vea el módulo 17).

El ensayo, en tanto expresa una interpretación personal sobre el mundo, no tiene como intención imponer verdad inobjetable; por el contrario, su propósito principal es convencer o persuadir al lector de la validez de esa mirada particular en torno a un tema polémico, para que la comparta. El mecanismo es debatir, a través de argumentos, una postura, que por lo general es de índole social. Jaime Alberto Vélez (1997) afirma que el ensayo ha sido el instrumento más apropiado para polemizar en torno a temas que preocupan o interesan a la humanidad, aquellos sobre los cuales se han ramificado las ideas u opiniones.

Características del ensayo

Un escrito ensayístico se caracteriza principalmente por:

- El tratamiento de temas polémicos, no incontrovertibles, generalmente dentro de una dimensión muy humana.
- La expresión de una postura personal frente a un determinado aspecto de la vida, una situación o tema. Es decir, ante un problema controversial, el escritor toma una posición, plantea una tesis. Es necesario aclarar que las opiniones y comentarios que se expresen en el ensayo se deben convertir en juicios de valor, justificables.
- Estar escrito de manera impersonal y acudiendo a las fuentes. No deben aparecer en un ensayo frases como “yo opino”, “yo creo que”, “a mí me parece que”. La expresión de los argumentos, bien sea a favor o en contra, deben ser plenamente sustentada; cada afirmación hecha debe provenir de una fuente que se citará de manera apropiada dentro del texto.
- La exposición de argumentos a favor y en contra de la postura del escritor. En este sentido, en el ensayo hay un diálogo entre los saberes del autor y los de otros autores que respaldan o contradicen la tesis. Cada uno de los argumentos debe ser previamente seleccionado y valorado por el autor con el fin de generar ese “diálogo”.

- Criterios argumentativos que pueden ser tomados de la observación directa de los hechos, de opiniones consultadas, de autoridades teóricas en la materia, soportes conceptuales o estadísticos, búsqueda de causas, todos ellos argumentos que pueden estar a favor o en contra de la postura que pretende defender el autor.
- Una argumentación claramente inclinada a justificar la postura del autor, a transmitir una idea que persuada o convenza al lector para que adhiera a ella.
- Una argumentación verosímil: no se trata de probar hechos sino de justificar una interpretación. Para ello se requiere el rigor sistemático en la organización de las ideas que se exponen; una coherencia entre las ideas, conducente al propósito de persuadir.
- Una longitud relativamente breve, ya que pocos ensayos exceden las quince páginas.
- La adopción de un estilo libre, que en un lenguaje ameno puede ser irónico, formal o amistoso, dependiendo del carácter del autor.
- Tener como estructura una introducción, la cual puede ser una ambientación para contextualizar el problema o enganchar al lector y plantear la tesis; el desarrollo, que es el cuerpo del ensayo, y la conclusión, en la que se retoma la tesis para mostrar su validez. En principio, es aconsejable seguir esta pauta, ya que ayuda a organizar la escritura y guía al lector; escritores experimentados hacen uso de la libertad de estructura.

Estrategia de producción de un ensayo

Tal como lo hemos venido reiterando a lo largo de la exposición de temas relacionados con la escritura de textos académicos, la preparación, redacción y socialización de un escrito exige de parte del autor una serie de etapas o estrategias de producción, que, para el ensayo, podrían ser:

- Delimitar el tema. En caso de ser un tópico muy amplio, elaborar un esquema de subtemas para seleccionar un tópico más específico, con el cual se pueda trabajar mejor (por ejemplo, la espiritualidad y la religión).
- Emitir un juicio sobre el tema y escribir ideas que se sepan en torno al tema y que puedan sustentar ese juicio (por ejemplo, “algunos seres humanos han utilizado el nombre de Dios para destruir a otros”).
- Recoger una serie de preguntas que se puedan formular a partir de la frase o juicio (por ejemplo, “¿qué hay detrás de tanta muerte absurda?”).
- Buscar y consultar material bibliográfico sobre el tema. Como autores, debemos estar muy bien informados sobre el tema escogido.
- A partir de lo estudiado y consultado sobre el tema, tomar una posición, enunciar una tesis, emitir un juicio. La tesis puede aparecer de manera explícita o implícita, y en este último caso el lector deberá inferirla. Es recomendable que aparezca de manera explícita y en el párrafo o apartado introductorio; además, que se exprese en una oración completa, de tal manera que, aun aislada del contexto, continúe expresando el mismo sentido. Así mismo, se recomienda expresarla con mucha claridad y precisión, evitando la vaguedad. Lo importante es que la tesis pueda ser identificada con facilidad.
- Reconocer y seleccionar las posiciones a favor y en contra de la tesis a defender para tomarlas como argumentos y contraargumentos; no olvidar las respectivas fuentes. Este material podría desprenderse de la búsqueda y consulta si se

tuviera en esa etapa la estrategia de ficha de lectura, vista en las estrategias de comprensión lectora del módulo 26.

- Realizar un esquema u organizador gráfico de las ideas, para visualizar el seguimiento lógico del escrito y aclarar dudas e inquietudes conceptuales o de estructura argumentativa.
- Redactar un primer borrador, acorde con la estructura introducción, desarrollo y conclusión. No olvidar incluir las citas bibliográficas.
- Leer, preferiblemente en voz alta, para iniciar el proceso de evaluación y corrección.
- Revisar conceptual, ortográfica y estilísticamente el escrito.
- Titular y presentar.

A manera de ejemplo

El factor Dios

Tomado de: Saramago, José (El País, 18 de septiembre de 2001). En: <http://saramago.iespana.es/saramago/home2.htm>

“En algún lugar de la India. Una fila de piezas de artillería en posición. Atado a la boca de cada una de ellas hay un hombre. En primer plano de la fotografía, un oficial británico levanta la espada y va a dar la orden de disparar. No disponemos de imágenes del efecto de los disparos, pero hasta la más obtusa de las imaginaciones podrá ‘ver’ cabezas y troncos dispersos por el campo de tiro, restos sanguinolentos, vísceras, miembros amputados. Los hombres eran rebeldes. En algún lugar de Angola. Dos soldados portugueses levantan por los brazos a un negro que quizá no esté muerto, otro soldado empuña un machete y

se prepara para separar la cabeza del cuerpo. Esta es la primera fotografía. En la segunda, esta vez hay una segunda fotografía, la cabeza ya ha sido cortada, está clavada en un palo, y los soldados se ríen. El negro era un guerrillero. En algún lugar de Israel. Mientras algunos soldados israelíes inmovilizan a un palestino, otro militar le parte a martillazos los huesos de la mano derecha. El palestino había tirado piedras. Estados Unidos de América del Norte, ciudad de

Nueva York. Dos aviones comerciales norteamericanos, secuestrados por terroristas relacionados con el integrismo islámico, se lanzan contra las torres del World Trade Center y las derriban. Por el mismo procedimiento un tercer avión causa daños enormes en el edificio del Pentágono, sede del poder bélico de Estados Unidos. Los muertos, enterrados entre los escombros, reducidos a migajas, volatilizados, se cuentan por millares.

Las fotografías de India, de Angola y de Israel nos lanzan el horror a la cara, las víctimas se nos muestran en el mismo momento de la tortura, de la agónica expectativa, de la muerte abyecta. En Nueva York, todo pareció irreal al principio, un episodio repetido y sin novedad de una catástrofe cinematográfica más, realmente arrebatadora por el grado de ilusión conseguido por el técnico de efectos especiales, pero limpio de estertores, de chorros de sangre, de carnes aplastadas, de huesos triturados, de mierda.

El horror, escondido como un animal inmundo, esperó a que saliésemos de la estupefacción para saltarnos a la garganta. El horror dijo por primera vez 'aquí estoy' cuando aquellas personas se lanzaron al vacío como si acabasen de escoger una muerte que fuese suya. Ahora, el horror aparecerá a cada instante al remover una piedra, un trozo de pared, una chapa de aluminio retorcida, y será una cabeza irreconocible, un brazo, una pierna, un abdomen deshecho, un tórax aplastado. Pero hasta esto mismo es repetitivo y monótono, en cierto modo ya conocido por las imágenes que nos llegaron de aquella Ruanda-de-un-millón-de-muertos, de aquel

Vietnam cocido a napalm, de aquellas ejecuciones en estadios llenos de gente, de aquellos linchamientos y apaleamientos, de aquellos soldados iraquíes sepultados vivos bajo toneladas de arena, de aquellas bombas atómicas que arrasaron y calcinaron Hiroshima y Nagasaki, de aquellos crematorios nazis vomitando cenizas, de aquellos camiones para retirar cadáveres como si se tratase de basura. Siempre tendremos que morir de algo, pero ya se ha perdido la cuenta de los seres humanos muertos de las peores maneras que los humanos han sido capaces de inventar. Una de ellas, la más criminal, la más absurda, la que más ofende a la simple razón, es aquella que, desde el principio de los tiempos y de las civilizaciones, manda matar en nombre de Dios. Ya se ha dicho que las religiones, todas ellas, sin excepción, nunca han servido para aproximar y congraciarse a los hombres; que, por el contrario, han sido y siguen siendo causa de sufrimientos inenarrables, de matanzas, de monstruosas violencias físicas y espirituales que constituyen uno de los más tenebrosos capítulos de la miserable historia humana. Al menos en señal de respeto por la vida, deberíamos tener el valor de proclamar en todas las circunstancias esta verdad evidente y demostrable, pero la mayoría de los creyentes de cualquier religión no sólo fingen ignorarlo, sino que se yerguen iracundos e intolerantes contra aquellos para quienes Dios no es más que un nombre, nada más que un nombre, el nombre que, por miedo a morir, le pusimos un día y que vendría a dificultar nuestro paso a una humanización real. A cambio nos prometía paraísos y nos amenazaba con infiernos, tan falsos los unos como los otros, insultos descarados a una inteligencia y a un sentido común que tanto trabajo nos costó conseguir. Dice Nietzsche que todo estaría permitido si Dios no existiese, y yo respondo que precisamente por causa y en nombre de Dios es por lo que se ha permitido y justificado todo, principalmente lo peor, principalmente lo más horrendo y cruel. Durante siglos, la Inquisición fue, también, como hoy los talibán, una organización terrorista dedicada a interpretar perversamente textos sagrados que deberían merecer el respeto de quien en ellos decía creer, un monstruoso connubio pactado entre la Religión y el Estado contra la libertad de conciencia y contra el más humano de los derechos: el derecho a decir no, el derecho a la

herejía, el derecho a escoger otra cosa, que sólo eso es lo que la palabra herejía significa.

Y, con todo, Dios es inocente. Inocente como algo que no existe, que no ha existido ni existirá nunca, inocente de haber creado un universo entero para colocar en él seres capaces de cometer los mayores crímenes para luego justificarlos diciendo que son celebraciones de su poder y de su gloria, mientras los muertos se van acumulando, estos de las torres gemelas de Nueva York, y todos los demás que, en nombre de un Dios convertido en asesino por la voluntad y por la acción de los hombres, han cubierto e insisten en cubrir de terror y sangre las páginas de la Historia.

Los dioses, pienso yo, sólo existen en el cerebro humano, prosperan o se deterioran dentro del mismo universo que los ha inventado, pero el ‘factor

Dios’, ese, está presente en la vida como si efectivamente fuese dueño y señor de ella. No es un dios, sino el ‘factor Dios’ el que se exhibe en los billetes de dólar y se muestra en los carteles que piden para América (la de Estados Unidos, no la otra...) la bendición divina. Y fue en el ‘factor Dios’ en lo que se transformó el dios islámico que lanzó contra las torres del World Trade Center los aviones de la revuelta contra los desprecios y de la venganza contra las humillaciones. Se dirá que un dios se dedicó a sembrar vientos y que otro dios responde ahora con tempestades. Es posible, y quizá sea cierto. Pero no han sido ellos, pobres dioses sin culpa, ha sido el ‘factor Dios’, ese que es terriblemente igual en todos los seres humanos donde quiera que estén y sea cual sea la religión que profesen, ese que ha intoxicado el pensamiento y abierto las puertas a las intolerancias más sórdidas, ese que no respeta sino aquello en lo que manda creer, el que después de presumir de haber hecho de la bestia un hombre acabó por hacer del hombre una bestia.

Al lector creyente (de cualquier creencia...) que haya conseguido soportar la repugnancia que probablemente le inspiren estas palabras, no le pido que se pase al ateísmo de quien las ha escrito. Simplemente le ruego que comprenda, con el sentimiento, si no puede ser con la razón, que, si hay Dios, hay un solo Dios, y que, en su relación con él, lo que menos importa es el nombre que le han enseñado a darle. Y que desconfíe del factor Dios'. No le faltan enemigos al espíritu humano, mas ese es uno de los más pertinaces y corrosivos. Como ha quedado demostrado y desgraciadamente seguirá demostrándose”.

En este ensayo encontramos una postura, entre muchas otras, en torno a un tema muy controversial, como es el papel de la religión como factor de destrucción de la espiritualidad humana. El autor expresa su postura basado en ejemplos de distintas religiones en varias partes del mundo, en especial, de los hechos acaecidos el 11 de septiembre en Estados Unidos.

Como se puede observar en este escrito, el desarrollo del ensayo muestra que el autor conoce del tema, y no está suponiendo o conjeturando. El escritor expresa con sentido crítico los efectos venidos y por venir de lo que él llama “el factor Dios” en la historia y las sociedades humanas.

En cuanto a la estructura, el autor introduce al lector en el tema a partir de la descripción de imágenes fotográficas, expone su tesis y la sustenta en el caso particular de las torres gemelas. Finalmente, le explica al lector directa y claramente el punto de vista que guía todo el escrito y por el cual desarrolló su idea. A pesar del tema, el estilo es amistoso y la extensión apenas suficiente para dejar satisfecho e interesado al lector.

Para finalizar este módulo, podemos afirmar que el desgaste del término “ensayo” en el ámbito académico ha trivializado el verdadero sentido de este género, hasta el punto de que a cualquier informe que dé cuenta de una lectura se le denomina ensayo, independiente de su propósito o rigurosidad. El ensayo no puede seguir relacionándose con la exposición de un tema, su resumen, una reseña o simples conjeturas o suposiciones escritas; el ensayo no se detiene en opiniones o creencias basadas en un

acto de fe; la columna vertebral del ensayo, que es la tesis, se sustenta en el conocimiento que el autor posee sobre un tema polémico y muy humano.

Bibliografía

González Rátiva, M. C. (2008). *Expresión oral y escrita*. Medellín: Universidad de Antioquia.
